

De temblores está hecho el amor.

Todos ellos parecen haber perdido la dedicatoria del amor, esa pasión irreductible que lleva a las personas a sentir la vida plenamente. A sentirla, tanto en su interior como en el paisaje que les rodea.

Todos ellos han tenido la oportunidad de amar y ser amados. Algunos, aún hoy, siguen haciéndolo, pero son muchos los que deben mirar para atrás para reconocerse en ese estado que les deja un regusto nostálgico y que les hace mirar al pasado.

Ella, además, siente esa realidad con algún punto de nostalgia y otro de dolor, pues aún hoy se pregunta qué es lo que pasó de verdad para que aquellos encuentros se diluyeran como el terrón de un azucarillo se disuelve en agua.

El error pudo que estuviera –piensa la mujer– en intentar llevar a cabo una vida plena con él, mientras él, aquel hombre, no entendiera del mismo modo un tipo de vida que limitaba su libertad y sus movimientos. Que limitaba su manera de ser.

Podría hablarse de ese error y de otros –piensa ella–. Era tal el deseo, era tal la necesidad de abandonar el hogar de su matrimonio, donde la falta de cariño se radicalizaba en la presencia de un marido que no la entendía, que fue ella la que buscó ese acercamiento, ese compromiso, ante un hombre al que amaba y que terminó por vivir en la que fue su casa, pero que, a su vez, era un desconocido.

Una casa que había sido un hogar feliz, el hogar de su infancia y que ella le ofrecía como muestra de su amor, mientras él no pudo entender, tal como andaba enfrascado en organizar su vida, aquella aparición repentina, inesperada, con su hija, con Anais, y lo interpretó como una necesidad más de una mujer que buscaba el amor al completo cuando él quizá no lo necesitaba.

Era un hombre que miraba para dentro: serio, de pocas palabras, un hombre que no se amaba a sí mismo y que se sostenía en el mundo con un aire de tristeza.

–¿Por qué era así? ¿Por una especie de biografía que parecía que no le afectaba en un principio, pero que él sentía como demoledora? –se preguntó ella–. ¿Le pasaba a los hombres? ¿A todos? –solía preguntarse–. ¿Podría ser que ese hombre tan apasionado se convirtiera en un hombre sin palabras solo porque no encontrara su camino, su espacio, y que cuando lo empezaba a encontrar sintiera que lo podía perder porque ella ocupaba el suyo? –se interrogaba Dacia.

El amor, que no tiene palabras para expresar lo que siente, era un rasgo que podría retratar la personalidad de ese hombre que, de vez en cuando, escribía sus pensamientos sobre recortes de papel que luego guardaba en aquella caja verde, aparentemente tan diminuta y que, por el contrario, parecía que no tuviera fondo.

–De temblores está hecho el amor –pronuncio ella con un susurro imperceptible para sus adentros, aunque ella misma lo podía escuchar nítidamente.

No eran muchas sus pertenencias, muy pocas las cosas que llevó a su casa, muchas menos las que trajo en días sucesivos. Pero, hiciera lo que hiciera, ahí estaba esa cajita

verde donde introducía esos papeles cuadriculados, esas tarjetas escritas con una letra nerviosa, de mosca, que solo él podía comprender.

Ese hombre y ella, que lo amaba, que lo deseaba, que intentaba colmar sus deseos más íntimos, pero que no supo acercarse a él tal como el hombre podría pensar, tal como el hombre necesitaba o pensaba que quería porque tampoco el hombre sabía lo que le estaba pasando, por ejemplo, cuando cruzó el umbral de aquella puerta blanca. Una vez que aquella puerta blanca se abrió para ver entrar a una mujer y a su hija, mientras él no podía decir nada.

Esa era la realidad, la realidad más triste del amor, la más necesitada, donde uno ponía toda su vida, incluso sus pertenencias, y el otro, no tenía más que su silencio para no expresar su disconformidad o con él, con el silencio, expresar su inevitable devenir en un tiempo que parece que se comparte, pero que vive separado junto a cada uno.

Ese tiempo que nunca hace lo que quieren los amantes y que pocas veces resulta como desean las personas que piensan en el amor mientras con un ojo se mira al pasado y con otro se observa el presente, sin pensar, además, demasiado en el futuro.

–Eso es lo que les pasó –piensa ella–. Y eso es lo que le pasará también a su hijo, a mi hija, a todos, en un mundo que no nos ha enseñado a amar y donde las personas se decantan por un tipo de amor que no les conviene, y por dar rienda suelta a sus deseos con las personas equivocadas.

–¿Fue un error? –piensa Dacia–. Fueron tantos, que uno más no importa.

Como dejar que algunos de sus objetos quedaran en la casa una vez que se perdió su rastro, que la abandonó sin muchas explicaciones, un día extraño donde ella no recuerda muy bien lo que sucedió.

Por eso mismo no pudo extenderse más con aquel joven que quiso indagar sobre la figura borrosa de su padre. Y quizá por ello, porque no lo sabía, no podía explicar lo que pasó también entre ellos. Ella creía que se amaban, aún lo creía, pero era evidente que aquel hombre vivía para dentro, que lo hacía, por lo demás, en un mundo muy exigente donde los sueños no tenían cabida, incluso los sueños que se consideran que podrían ser los del amor.

–De temblores está hecho el amor –se dijo–, de esos temblores que nos conmueven, de esos otros que nos transportan a mundos aparentemente perfectos, tal como esos otros, tan diferentes, que nos llevan al lloro, al desconsuelo, a la tristeza infinita. A una tristeza que aún hoy me conmueve al no reconocer nuestro fracaso –se dijo ella.

Aquella mujer, en la madurez de sus días, había aprendido a vivir con lo que tenía, y sin embargo, en el fondo de su ser recordaba, al mínimo detalle, los encuentros con aquel hombre, tal como no podía recordar los últimos sucesos que llevaron a su desaparición repentina.

Despertar de ese modo no tenía ningún sentido.

¿Cómo era posible que después de tanto tiempo la pudiera ver en sueños y fuera arrastrado por el deseo de volver a tocar su cuerpo, una vez que fue él quien la abandonó? Se preguntaba nada más salir de la cama.

Era un hombre taciturno, reflexivo e incluso, esquivo, pero no era miedoso ni cobarde, pues del mismo modo que reconocía alguna de sus cualidades, era un hombre que reconocía sus debilidades y contradicciones.

Y sin embargo, aquel sueño le desconcertó un poco más de la cuenta y le sorprendió bastante más de lo acostumbrado, pues habían pasado muchos años desde la última vez que la vio en la calle y muchos más desde que la abandonó sin muchas explicaciones de por medio.

–Todo era así entre nosotros, yo era así entonces –se dijo–. Todo lo que se puede esperar de la gente que dice que está de vuelta de todo –añadió–, con la posible esperanza de tranquilizar cualquier pesadumbre o remordimiento.

Algo en su interior resurgía, sin una razón aparente, sobre todo de noche, cuando estaba acostado. En sueños se le aparecía ella: medio desnuda de cintura para arriba, rodeada de otros hombres desnudos. El día anterior, además, antes de conciliar el sueño, aún agotado, quiso también recordarla desnuda: con aquellos senos robustos, oscuros, con los pezones redondos y más oscuros aún, de un color negro brillante, como el azabache, y que, pese a sus años, se ofrecían firmes a las manos y se presentaban con cierta arrogancia cuando caminaba recta, enhiesta, elegante, pese a su corta estatura.

–Cuando la mirabas, la altura no era lo más importante. Dacia llamaba la atención si te cruzabas con ella –dijo sin saber por qué.

Y así era ella, una mujer bella, de curvas pronunciadas, con una piel natural pero oscura, que parecía estar bronceada en pleno invierno y con unos andares elegantes, con una melena negra que rodeaba su rostro afilado y bello, y que tapaba su cabeza un tanto redondeada. La mandíbula bien perfilada, los labios rojos, los ojos oscuros como piedras negras que brillan en la noche y las orejas pequeñas, pegadas al costado de su rostro, enmarcaban una belleza particular a la que no hacían ascos los hombres que giraban su mirada cada vez que ella pasaba a su lado e, incluso, las mujeres que la miraban con envidia y que creían estar ante una mujer nacida en otro lugar, en un país de oriente o latinoamericano, por ejemplo, pero que ya, desde niña, habían visto en la ciudad.

–Es verdad, ella también tenía sus secretos. Y nunca hablaba de ello –se dijo como si reafirmara alguna teoría que interiorizaba su cerebro, como si quisiera constatar un hecho que se le había escapado de las manos, ahora que la volvía a ver al recordarla en sus sueños.

¿Cómo era posible que esa mujer que se le aparecía ahora en sueños, a veces desnuda y alguna que otra vez de la mano de su hija Anais, que guardaba un parecido sorprendente con su madre, asombroso con ella, se le apareciera ahora, en estos últimos días, cuando la había abandonado y cuando creía que la había olvidado del todo? Se preguntaba.

Y de seguido, quizá por un pretexto o una asociación aparentemente lógica entre lo que le sucedía, lo que pensaba y lo que decía, comenzó a recordar lo que también sucede en las parejas que se desean, pero que no se aman. Una realidad que tantas veces había devorado su existencia y que había atragantado su devenir.

–Como esas veces que se deja de llamar a un teléfono, un día cualquiera, y no se vuelve a marcar ese número más. O como esas otras, donde la última conversación sirvió para que ambos sintieran que ya vivían en mundos separados, esquivos y donde cada uno intuía que debía comenzar a volar de nuevo, irse a otro lugar por ejemplo y, conocer, o no, a otra persona, dejar que la soledad les acompañara en un retiro relativamente feliz en los días que les quedaban aún por vivir –se dijo, mientras pronunciaba cada frase de un modo lento y enigmático.

Pero las preguntas que se hacía y las posibles explicaciones que le rondaban la cabeza no tenían relación con su retiro y su soledad aceptada, y sin embargo, obtuviera o no una respuesta, era evidente que revitalizaban su existencia cuando ya había superado la edad madura, y cuando en medio de los previsibles achaques de la edad volvía a sentir ciertos escalofríos que se confundían con el deseo sexual, sin más, porque sabía que esos sueños le conducían a una masturbación infeliz que le obligaba, nada más levantarse, a cambiarse de ropa interior.

No era el sueño, era la realidad:

–¿Cómo es posible que me pase esto a mí, después de todo, y que no tenga la paciencia ni el recato para parar este torbellino de deseo que me invade estos días sin saber a qué se debe ni sentir su verdad en ninguna de sus posible respuestas? –se interrogaba mientras preparaba el té de las mañanas y se disponía a beber el líquido de la taza y mordisquear con desgana una rebanada de pan con mantequilla que había preparado en la tostadora, después de encender la radio.

Y sin embargo, enfrascado en sus pensamientos, no escuchaba más que lo que se le pasaba por la cabeza. Absorto como estaba, metido en sus pesquisas intelectuales, las noticias desalentadoras de la radio a primera hora de la mañana, la voz áspera de los informativos, la situación de la economía que hacía agua por todas partes o el mismo estado del tiempo se congelaban en un eco que se difuminaba por los pasillos de la casa, sin que pudieran entrar por sus oídos, que en los últimos minutos escuchaban un posible diálogo de sordos donde él era el que preguntaba y también él, la persona que intentaba obtener alguna que otra respuesta.

–¿Cuánto pasó desde aquello? Su hijo también vivió aquella historia de jóvenes adolescentes en medio de unos padres que volvían a emparejarse sin saber muy bien a qué se debía aquel encuentro... –recordó de pronto.

Y como por arte de magia, por un resorte automático de su pensamiento, por lo general lúcido y equilibrado y sin embargo, nervioso y un tanto impreciso los últimos días, se hizo una última pregunta antes de pensar sobre lo que debía hacer durante el día y prepararse con ello para cumplir con lo establecido en un calendario estricto que actualizaba cada noche anterior.

–Mi hijo. ¿Qué habrá sido de él?
